

Cuentos 2

Historias que viví

Fernando Suárez Obando

Suárez Obando, Fernando

Historias que viví. Cuentos 2 / Fernando Suárez Obando. -- 1a. ed. --
[Colombia] : F. Suárez Obando, 2018 (Autores Editores).

62 p.

ISBN 978-958-48-3104-0

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI I. Título

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN- a1016287

Cuentos 2 – Historias que viví

Fernando Suárez-Obando

Corrección de estilo

Ana María Correa

Diagramación

Verónica Prada

Diseño de carátula

Juan Manuel Masiero

ISBN 978-958-48-3104-0

Primera edición: febrero de 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Impresión y distribución

autoreseditores.com

Contenido

La huida	7
Sin plástico ni nylon	15
China Blue	19
El Profesor.....	21
Ilusión.....	25
Olas	33
Sierra universal	53
Oreja.....	59

La huida

|

Caminábamos hacia la ceremonia religiosa, el padre de un amigo había muerto, nos acercábamos a la iglesia. No estoy seguro cómo habíamos llegado, de alguna forma arribamos a las cercanías del lugar, tal vez caminando o tal vez flotando, tenía esa sensación, una conmoción pesada en la frente, sentía que habíamos aparecido allí de otra forma, de algún modo indescifrable.

La iglesia estaba cerca a nuestra casa, llegamos mi hijo y yo, juntos. El pequeño colgaba de mi mano, tranquilo, confiado, mi presencia era el norte para su andar, mi sombra le indicaba el camino al niño, la guía de los pasos para mi retoño, para mi reflejo, mi yo en él y su pelito lacio, su nariz de niño con mejillas lisas y rosadas.

Varios automóviles estaban parqueados a la entrada de la iglesia, caminábamos entre ellos para alcanzar la puerta del templo, de prisa, esquivando retrovisores, serpenteando entre la apariencia de lo inmóvil. Extrañamente, había personas en el asiento delantero y aunque los motores estaban apagados, los conductores mantenían la postura de un piloto al mando de un auto en marcha, como

si estuvieran guiando por las calles a toda velocidad, nos miraban extrañados, creían que aún se movían en caravanas por las autopistas. Para ellos, mi hijo y yo caminábamos frenéticamente entre el tráfico, para nosotros, eran orates con guantes sin dedos jugando a guiar en juguetes opacos y herrumbrosos.

Días atrás, el padre de mi amigo había despegado de El Dorado, para regresar a tierra en átomos y girones, veníamos a velar a un cajón vacío. Ya había estado en la ceremonia, ya había sucedido, ya había estado ahí hace tiempo, hace años vine a dar un abrazo con llanto y huir para evitar a los compañeros de clase, la primera vez no resistí el dolor y solo atiné a estrechar a ese hermano entre mis brazos y correr sin mirar atrás, hace tiempo que estuve aquí, solo. Regreso con mi hijo, un *Déjà vu* onírico y desesperante, triste y asfixiante que regresa con un peso imposible, con la tarea de revelar al niño mi impotencia frente a la muerte. —¿Por qué repetir un dolor? ¿Por qué repetirlo enfrente de mi hijo?

II

Entre las hojas de los urapanes se filtraba la luz de la tarde, provocando el sopor de un domingo en la sabana, divisábamos la iglesia de ladrillo descubierto, a unos 200 metros, su torre almenada brotaba entre los árboles, parecía ahogada por el asedio de los automóviles. El pequeño y yo avanzábamos con prisa hacia la iglesia, pero con cada paso, el templo parecía alejarse, permanecía lejano, huía de nosotros, dedicado a escaparse de los orates y sus carromatos oxidados.

Me esforzaba por avanzar jalando al niño, pero perdía el control de su manito, se resbalaba por el sudor, menos dedos bajo los míos, era cuestión de tiempo para que la mano del niño se liberara. Súbitamente, Daniel terminó la tarea, se soltó del calor húmedo de mis manos y comenzó a correr como una marioneta, corría con sus

hombros encogidos, los codos flexionados, a salticos alejándose de mí, giraba de tanto en tanto su cabecita y me sonreía, me miraba invitándome a salir hacia otro rumbo.

Escuchaba su voz, sentía su voz retumbando detrás de mis ojos, como si su voz dirigiera mi mirada. —¡Ven, ven papá, ven! Escuchaba con claridad, aun cuando sus labios no se movían, me hablaba con sus ojos. —¡Ven papá, ven!

Su nariz pequeña se perdía en medio de la sonrisa, picardía en su llamado. —¡Ven, ven papá, ven! —Dirigí la mirada hacia la torre almenada, me despedí con un pestañeo. No iría de nuevo al velorio, un mal momento debe ser único.

Decidí buscar al pequeño, le había perdido el rastro, el niño no estaba entre el tráfico, ni corría hacia la iglesia, su voz jugaba con los rayos de luz, las hojas y la torre de ladrillo que se rendía ante nuestra ausencia. Solo oía su voz. —¡Ven papá, ven, ven, ven papá! —Una voz que inundaba el aire, una voz sin dirección ni origen, su voz era el aire.

III

Giré mi cabeza en busca del aire, en busca de su timbre infantil, trataba de ubicar al niño en el espacio que me separaba de la torre, estábamos en otro mundo, estábamos en un colegio. ¡En el colegio! Ni el mío, ni el de él, un colegio genérico, un colegio obvio de sí mismo, lleno de salones y niños, la algarabía infantil, un ruido de fondo, atrás, en donde existía un rumor sordo del cual se destacaba la risa de Daniel, sus carcajadas y su llamado eran la pista para buscarlo.

—¿Dónde estás?

—En los salones.

—¿Por qué te ríes si vamos a un velorio?

—¡Ya no papá, ya no! ¡Ven papá, ven, ven papá!

Trasportados a otro espacio, miraba alrededor buscando la torre almenada, el tráfico estancado y el velorio y los amigos de los amigos, pero no había nada, no había nadie, estaba solo, embebido en la algarabía de los niños y los salones.

—¿Dónde estás Daniel? Te escucho, pero no te veo, te respiro, pero no te ubico.

Alcancé a entrever su cabecita en el *Salón Blanco*, el niño entraba sin pedir permiso, corría como una marioneta, corrí con gran esfuerzo para tratar de sorprenderlo y detener su huida, pero me sentía pesado, el suelo era una banda sin fin que detenía mi avance, lento de panza, calva y paternidad.

Con esfuerzo, logré llegar a la puerta por donde Daniel se había escabullido, el *Salón Blanco* repleto de niños tirados en el suelo, acostados y sentados en esquinas, debajo de las mesas, encima de las mesas, niños ferales, silvestres de colores y tiza, el aire olía a tajalápiz y bananos, el aire de algarabía que llenaba los sentidos devolviéndome en el tiempo.

En el momento en que entré al *Salón Blanco*, Daniel salía por la puerta del extremo opuesto.

—¡Ven papá, ven, ven! —Me hablaba sin mover los labios, me hablaba desde su deseo, quería que lo siguiera hasta ser él, ser yo con él, me hablaba con el pensamiento.

Esquivé niños y profesores, juguetes, balones y pollitos morados, azules y rojos, ningún pollo era amarillo. En la huida del *Salón Blanco*, alcance a ver a mi profesora del preescolar, acuclillada frente a un niño que sangraba por la nariz.